

Desde lugar inaccesible se complacía en las sonorassonadorasinterminablesolas siguiendo las evoluciones de sus blancasalas, que proclamaban la Sabiduría.

Cantaban las gestas de la eternainsodabletiniebla, cuando los tiempos aún no habían amanecido, y el alumbramiento de interminablesprocesos del universo. Sus cantos expresaban gratitud en humildes versos cosmielocuentes: Feliznoche que nos trajo destellosdeesperanza. Feliznoche que alumbró incontablesremotos universos. Feliznoche que orbitó infinidad de galaxiestrellas. Feliznoche que abrió su fértilvientre a la vida. Feliznoche que lleva el sellodelamor. Cantad universodeseres a lanoche. Gracias inmensas a lanoche.

El insistente cortejo de dos gaviotas en proa, ajenas a las faenas de arrastre, espoleó a Erosino a interrogarse sobre las invisiblesirresistibles fuerzadelamor: ¿Qué imperceptiblenexo nos une a los seres del universo? ¿Por qué participamos de su ocultapermanentetrascendente atracción? ¿Por qué tenemos la fuerza del terremoto y las convulsiones del volcán? ¿Por qué nuestros abrazos voltean de Orión al Carro de Santiago? ¿Por qué lamielesdelamor son tan dulces? ¿Por qué sembramos la vida? ...

Cierto que a sus procesos y a nuestros procesos les unen parentescos. Tal vez llevemos en nuestra identidad los genes ancestrouniversales de la nocheoscura. Erosino se sentía feliz actuadointeractuando en cósmicasfuerzas, como planta, que lozanea en vitalequilibrio húmicoacuoso y luminoso.

Agapiola, en cambio, tendía en su razonamiento a distanciarse de la noche de micromacrouniversos. Era la otra cara de la moneda, con pies en el mundo materioespaciotemporal y corazón sobrevolando el cosmos espaciotemporal. Y aunque ambos pudieran parecer antítesis respecto del otro, he aquí la paradoja, compartían felices sus respectivas esencias en prolongadoamor.

El amor, presentía y sentía Agapiola, a quien le chispeaban los ojos, no tenía origen en la tenebrosa noche de los tiempos, no. Más bien, iluminaba la noche, guiaba infinitos micromacrouniversos, presidía espaciotiempo. Era luzcamino de felicidad de sentimientos, ideas y decisiones. Fiel de la justicia y paloma de la paz. El pan de la verdad y el paraíso de la libertad. Esencia de la vida y motor del universo. Tal vez el amor sea la medida de nuestra plenitud o ... No encontraba palabras. Un elocuente silencio invadió a Agapiola.

Erosino, orgulloso de su tributo a la noche, se sentía tan desconcertado con los razonamientos y vivencias de Agapiola, que le espetó: si no viene de la oscura noche, mi querida mujercita, ¿de dónde nos viene el amor? Yo pensaba que nos venía de la noche.

Mira, Erosino. Es verdad que tenemos parte importante en el proceso. Al principio, el amor presidía y sobrevolaba la noche. Y tanto la amó, que se encarnó en ella. Así, pues, junto a la semilla de la noche también recibimos la semillita del amor. A nosotros nos toca cultivar ambas semillas, pero, como en la arcanoremota noche, en nosotros prevalece y lleva la iniciativa la semilla del amor.

Imprevistos nubarrones adelantaron la noche, obligándoles a amarrar y aligerar su vuelta al hogar por el incómodo atajo de la montaña. La nerviárdillesca agilidad de Agapiola y el fuerte repecho obligaban a Erosino a caminar detrás semiencorvado, que aprovechaba para acariciarle las corvas. En los primeros toques Agapiola no se dio por enterada, aunque anhelaba que la tormenta descargara. Ya en el hogar, la cena no encontró ubicación espaciotemporal. En cambio, la tormenta facilitaba generoso aparato e intensas energías, enredándoles en prolongadas caricias e intensos besos, rodando en sortijados tiernos abrazos en su amoroso universo ... y sumiéndoles en placentero profundo sueño.

Los sueños de Erosino accedieron a su Paraíso, personalizando inevitablemente irresistibles atracciones cósmicas, cambiantes permanentes fuerzas espaciotemporales, se-duc-to-ras-mi-e-les, poderesciegos de tormentas, convulsiones de terremotos, rugidos de volcanes ... Se sentía pletórico, eje del universo.

Los sueños de Agapiola, en cambio, volaron a un Paraíso, que le resultaba familiar. En él nacían cuatro ríos. Los tres primeros afluían al cuarto, el río de la vida. Sus aguas facilitaban cuatro caminos y cuatro puertas. Agapiola lo describía como bucle cerrado, cual invisible antena circular, que irradiaba sin cesar luz y felicidad.

Las aguas del primer río conferían lucidez para descartar las rutas del error. El camino de la verdad, espectacularmente luminoso, unía universo y cielo. En su inicio había que pasar por la puerta del Agradecimiento, a través de identidad, honestidad, humildad, reconocimiento, generosidad, saber ser y estar ... que visualizaba con amplia sonrisa de satisfacción.

Las aguas del segundo río, que venían con aval de serenidad y equilibrio, reforzaban nuestras necesidades y disposición a los otros. Su energía nos proporcionaba una ruta, donde había que caminar con las manos unidas, protegiendo con esmero la vida de los demás. Se accedía por la puerta del Servicio, que denegaba su paso a personas enraizadas en personalismo, narcisismo, soberbia, egoísmo ... y visionaba, cual espejo, con deformaciones personales. ¡Qué vergüenza sufrió Agapiola al verse en su incipiente narcisismo con grotescas deformaciones de payaso!

Las aguas del tercer río facilitaban sabiduría y energía para discernir y decidir camino adecuado en las encrucijadas de la vida. La nueva ruta resultaba alegre, gozosa, carecía de recovecos, seguía una oculta estela y reconfortaba en atractivo oasis hasta llegar a meta. En su inicio había que pasar por la puerta del Perdón, que felicitaba con la bienvenida, se cerraba a prejuicio, resabio, rencor, ira, soberbia, maldad, venganza, negatividad ... y denegaba su acceso oscureciendo a las personas.

Las aguas del cuarto río, el gran río de la vida, proporcionaban alas para transitar por las rutas del amor. Sus caminos, que no eximían de sufrimiento, eran cálidos, confiados, esperanzadores ... no se percibía comienzo ni fin, unían la noche desconocida y el futuro sin fin. Era evidente que llevaban a la felicidad. Se accedía por la resplandeciente puerta del Don, que

reclamaba vestiduras blancas con distintivos de sencillez, entrega, generosidad sin límites ... y fe de santo y seña: *El amor es don; / cuanto más se done, / más crece el amor*. Asimismo, la deslumbrante puerta visualizaba su paso con profunda felicidad.

En el Paraíso no había lugar para prohibiciones, zonas oscuras u ocultas. Sí había al acceder una advertencia, que como el amor y felicidad que nos ofrecía, requería el concurso de nuestra decisión de elegir. La advertencia, que avisaba de su transgresión con hirientes alarmas y autoexcluía del Paraíso, rezaba: *Amparar la duda, / mirar hacia atrás, / enferma el amor / y convierte en sal*.

Las olas entonaban himnos a la felicidad del Paraíso cuando los hombres soñaban. BenditoParaíso, que proporciona luz a los humanos. BenditoParaíso, que nos suministra aguas de vida. BenditoParaíso, que pone a nuestros pies camino. Benditocamino a la felicidad. BenditoParaíso.

Desde lugar inaccesible en in-ter-mi-na-ble-ins-tan-te el Logos concibió el amor y su brisa acampó, encarnando el universo. Se complacía en las sonorasonadoras interminables solas luminosas. Escrutaba la noche, la virginidad de la luz. Modulaba espacio y tiempo. Todos los días, al caer de la tarde accedía al Paraíso para compartir los sueños humanos ...

Y vio que el amor era bueno

César Herrero Hernansanz / 00534874D
C/ Félix Rodríguez de la Fuente, 10 – 4º B, 30011- MURCIA
cesar@megamac.es / 968 933 747 / 646 044 032

Murcia febrero 2018